

la autora indica la probabilidad de que, además de las ciudades más solicitadas, pudiera haber visitado Parma.

Importante es fijar el estilo y formación de Juan Bautista. Como la autora indica muy acertadamente es el más italianizante de los escultores españoles de su generación, añadiendo sus fuentes sansovinianas y pamesanas frente al común influjo miguelangelesco de los otros coetáneos, que es menos visible en nuestro escultor. La huella berruguetesca es evidente, aunque no se interese por los grandes efectismos del maestro y se preocupe más por sus lecciones de ritmo. Un aspecto interesante de su creación artística es su trabajo como dibujante y grabador, entre las que destaca su contribución a la decoración de las obras literarias de Juan de Malara, aparte del ya conocido y bello dibujo del artista para la Portada del Colegio de Doncellas.

Tras esta fijación de los rasgos estilísticos, Margarita Estella emprende la difícil catalogación de su obra castellana. De esta manera, podemos conocer el trabajo de Vázquez el Viejo, en el que sorprende, como indica la estudiosa del tema, que muchas veces se viera forzado a las colaboraciones y las compañías laborales en sus obras de este momento.

De su obra en Avila, se hace eco de la tradicional atribución de la miguelangelesca Piedad de la Catedral de Avila, formulada por Gómez Moreno, añadiendo otras atribuciones a esta etapa abulense, que aún está entre sombras por la falta de conocimientos documentales.

En su etapa toledana es más abundante su producción. Se asiste en el libro a un atinado análisis crítico de esta producción, con sus compañías y colaboraciones, entre las que destaca la llevada a cabo con Nicolás de Vergara el Viejo y Esteban Jordán, lo que para la autora supone la sagaz atribución a Manuel Alvarez de algunas partes del sepulcro de Don Alonso de Rojas. Es una etapa fructífera, que indica la capacidad de trabajo de su taller asociado al de Vergara. La catedral y el obispado de Toledo se sintieron engrandecidos artísticamente por esta labor, en la que destaca la protección del Cardenal Silíceo. Otras obras son atribuciones sugerentes de Margarita Estella, necesarias de la confirmación documental.

Es también interesante la aproximación que se hace a obras destinadas al mundo americano, realizadas por Juan Bautista Vázquez, en lo que se comporta como un pionero entre las obras exportadas al nuevo continente desde la metrópoli.

Se completa esta visión con el estudio de las obras de Nicolás de Vergara, el asiduo colaborador del escultor, que ayuda al mejor conocimiento de este momento vital de la escultura en Toledo.

Por lo tanto, será obra que habrá de consultar todo aquél que quiera profundizar en el campo de la escultura española del siglo XVI, en el que no sólo tuvieron calidad los escultores consagrados por la crítica como creadores de formas, sino también otros maestros que es preciso revalorizar. Este es el caso de Juan Bautista Vázquez el Viejo, uno de los más interesantes artistas que produjo nuestro Renacimiento.—JESUS MARIA PARRADO DEL OLMO.

Milagros I. RODRIGUEZ QUINTANA: *«El obrador de escultura de Rafael de León y Luis de Villoldo»*. Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Diputación Provincial de Toledo. Toledo, 1991. 346 páginas y 90 figuras, en blanco y negro.

Otra interesante publicación que nos abre al conocimiento de esa escuela toledana de escultura, hasta ahora tan sólo estudiada en publicaciones muy concretas y dispersas. En este caso, se trata de una obra en la que se estudia un aspecto importante de la escultura en esa escuela, durante la segunda mitad del siglo XVI.

El trabajo es una memoria de licenciatura llevada a cabo por la autora, bajo la dirección del profesor Valdovinos. Sorprende por el rigor exhaustivo con el que ha abordado su estudio, en el que aporta una gran cantidad de documentos inéditos sobre el objeto de investigación, así como un análisis pormenorizado de los mismos desde diversos planos: biográfico, catalogador, tipológico, ambiental, etc.

El motivo de la elección del trabajo escultórico conjunto de Rafael de León y Luis de Villoldo se debe a las relaciones de parentesco de ambos, pues el segundo era yerno del primero, lo que motivó el trabajo común durante un amplio espacio de tiempo, con lo que la autora puede profundizar sobre las relaciones de taller y compañía habituales en distintos puntos de nuestra península.

El análisis biográfico es muy minucioso, partiendo de la documentación y de las obras llevadas a cabo, que permite conocer el grado de relación entre los artífices y el potente obispado toledano, sus peculiaridades vitales y asimismo destruir algunos hechos legendarios, que habitualmente se daban como ciertos, especialmente en la vida de Rafael de León.

El capítulo dedicado al catálogo hace un repaso pormenorizado a la obra de estos maestros, con referencia a todas las vicisitudes contractuales, cambios de plan, colaboraciones de taller y análisis de las obras, tanto de las conservadas como de las desaparecidas, siempre que en este último caso, la autora cuente con datos documentales o fotográficos que lo posibiliten. Como ocurre con tantas obras de la zona, hay que volver a lamentar los acontecimientos de la pasada Guerra Civil, que llevaron a la destrucción de tantas piezas de nuestro patrimonio artístico.

Sin duda alguna, sigue siendo la sillería de San Martín de Valdeiglesias la obra de mayor valor llevada a cabo por este círculo de artistas, cuya autoría de Rafael de León ya se conocía por Ponz y Ceán, y de la que en este libro se ofrece una acertada visión crítica y analítica. Pero también tienen interés otras obras conservadas en mayor o menor medida, como los retablos de Maqueda, Rascafría, Hormigos, La Puebla de Montalbán o el de la Virgen de San Cipriano de Toledo.

El ámbito socioeconómico del obrador, en el que se repasa las relaciones de los dos maestros con otros contemporáneos dedicados a las más variadas actividades, el patronato de sus obras y las vicisitudes de la contratación nos introduce en la intrahistoria del ambiente toledano de la segunda mitad de siglo y confirma aspectos ya conocidos de nuestro arte del momento en otras escuelas, aún con los matices propios de la toledana.

Por último, hay un capítulo dedicado al análisis formalista, con la visión de las tipologías, las variantes iconográficas y el estilo, gracias al cual podemos encajar a sus autores en el panorama general de la plástica española del siglo XVI.

Se completa la obra con varios apéndices: uno, cronológico, de gran utilidad para seguir las vicisitudes biográficas de Rafael de León y Luis de Villoldo; un mapa con las poblaciones en las que actuaron; y el documental, en el que, a pesar de haber seleccionado los más importantes, por razones editoriales, caben numerosos documentos inéditos, que indican la gran labor de archivo y de campo llevada a cabo por la autora.

De esta manera, la sagacidad del director de la tesina, orientando a su autora hacia el estudio de este campo inédito; la capacidad de trabajo que demuestra la misma a través de lo expuesto en este libro y la promesa inminente de completar en un próximo trabajo de investigación el estudio de la escuela toledana del siglo XVI nos van a deparar, por fin, el conocimiento de este capítulo de nuestra escultura, que ciertamente había estado olvidado.—

JESUS MARIA PARRADO DEL OLMO.